

Carlos Préndez Saldías

De los cerros

Nube.—Profunda, blanca, está sobre el último picacho del horizonte en luz. Se mueve hacia el oriente, y es ahora gris y azulosa, y se esparce, adelgazando sus contornos.

Un torso de mujer en el vacío finge la nube caminante. Hinchidos los pechos, está inclinada sobre el monte, ávida de caer en la tierra que calcina. Baja más, y ya tiene brazos que la acercan a los ardores lujuriosos de la montaña en penumbra.

Está ahí la nube que fué blanca y gris y azulosa, deshecha en mujer para los ojos turbios de los hombres.

* * *

Cirilo.—Lleva cuarenta y ocho años vividos en los cerros.

—Aquí vine de niño, ayudando en un arreo, a los pastos de Guardia Vieja. Se nos fatalizaron muchos vacunos, y el patrón quitó el mando a mi padre. No

quiso volver al llano, porque su nombre estaba venido a menos, y se quedó para siempre.

La «línea» no se hizo sin él; puso los primeros adobones de la posada y los arreglos del camino real, después de cada nevazón, tuvieron sudores de su carne.

La noche antes de morir me aconsejó que no fuera al bajo, donde el hombre era veleidoso y estrellero. Cumpliendo su voluntad, aquí estoy con los míos, y enteraré en el monte los días por vivir.

Yo pienso que son, como decía mi padre, las gentes del bajo, veleidosas y estrelleras. Si hasta el río pierde la virtud de canto cuando llega a plan.

* * *

Organillo.—En la profunda oquedad del valle que recoge la voz enronquecida del río pedregoso, aparece cantando el organillo aventurero.

Harmoni-Pan. Frati y C.^o: Berlín: N.^o 37.

Hecha a volar su algarabía de vales vieneses y polcas sin origen, mientras el austriaco hace girar, cerrados los ojos, la manivela niquelada.

A las primeras estridencias, se apiñan las gentes del villorio y las aves huyen despavoridas. Pájaro forastero que canta a máquina, hiere la brisa de los montes y desarticula el paisaje en reposo.

El austriaco andariego lanza al viento las ocho piezas de su repertorio inacabable, y se lleva en los bolsillos unas cuantas monedas del pastor y de la «meica».

A la espalda el organillo berlinés, sigue hasta Guardia Vieja con su carga sonora. Los pájaros, regocijados, recuperan el dominio del valle.

* * *

El tonto.—Agachado, las piernas enclenques, escurridizo de sí mismo, Felipillo aguarda en el puente a que le busquen para el trabajo de cada día.

Campea en el monte las cabras extraviadas; trepa senderos inverosímiles, agarrándose de espinos y peñascos, y siempre retorna con el hallazgo. Como es el tonto de la montaña, no tiene otro salario que la merienda miserable.

—Sí, patrón, creo en Dios, pero a trechos, me dice con cierta rebeldía. Cuando me palabrean, o no tengo trabajo, digo que no hay.

—¿Has querido a alguna mujer, Felipillo?

Agacha la cabeza, y las lágrimas asoman a sus ojos pequeños. Es el romántico de las tierras altas.

• " •

Gitanos.—Bajo la carpa remendada los aventureros armenios han hecho un alto en la travesía.

Flacos, nariz fuerte y larga, cinco son los hombres de la banda. Todos llevan botas hasta media pierna y grasientos sombreros solares.

Las mujeres, ataviadas con percal de colores violen-

tos, muestran a la espalda dos largas trenzas renegridas. Ojos claros, labios finos y nariz movediza.

Un bullicioso y mugriento celemín de chiquillos juega en el camino real.

Van los gitanos de choza en choza, adivinando el porvenir en las líneas de la mano. Todos serán felices, y copiosa la parición de octubre. No se malograrán las cosechas, y sólo el pastor viejo tendrá una peste, aunque no grave, en su rebaño.

Bajo la carpa, ya caído el sol, se hace el cuento y recuento de la plata conseguida. Se miran los dos gitanos viejos, y hay un corto silencio de comprensión.

—Es pobre el valle, y dió mucho.

—Más que en Río Colorado. Saliendo de amanecida, con la noche de mañana estaremos en la cumbre. En Argentina el paisano es más abierto...

Ya no está la carpa remendada parando el viento de cordillera. Y muchas gallinas del caserío se fueron de amanecida siguiendo la carpa.

• •

Piedra sonora.—Diríase el canto agónico de un pájaro sumergido esa piedra que suena bajo el puente de cimbra. Las piedras grandes que la cercan dejan pasar el agua correntosa, y un hilo blanco de espuma que se agudiza hace la inquietud juguetona de la piedrecilla que canta.

El río pobre en este otoño sin deshielos hará que

bajo el puente de cimbra sea rondel persistente la fresca palabra humedecida. Y cuando llegue el verano, que hará más viejos mis ojos y mis sueños, acaso estará perdida para siempre—el agua con la riqueza de la nieve muerta—la sumergida canción del pájaro agónico.

* * *

P o e t a .—Para las pobres gentes del lugar soy el poeta que no olvidan. Años tras año, desde hace diez, traigo a la cordillera mi fatiga de la ciudad y veo siempre dos lunas entre los cerros.

Amigo de la vieja que ordeña cabras y de los pastores que ya no tienen rebaño, todos saben de mi vagancia en las quebradas y de mis siestas junto al arroyo, recostado siempre en la misma piedra blanquecina.

Me ven escribir en la pequeña libreta de apuntes, a la sombra de cualquier árbol, y me dicen desde lejos:—Está escribiendo los cantos para que no se le olviden. ¿Qué no tiene memoria?

Sonríó a su ingenuidad cariñosa, y les llamo junto a mí.

—Cantemos alguna cosita.

Y cuando les respondo que sólo escribo versos, y que no sé cantar, me dicen desencantados:

—¡Qué laya de poeta es entonces! El finado Venancio, el que se fué para el lado de que no se vuelve, cantaba en la guitarra todo lo que componía. El si que era poeta.

* * *

Cabras negras.—El cerro está amarillo de sol y hierbas secas.

Cuatro lunas de sequía agrietaron las vereditas que lo trepan, y son más blancas—senderos casi de nieve—entre el amarillo que rebalsa.

Suben y suben hasta las piedras de lo alto, y se hacen grises, cuando atraviesan la quebrada. En la tierra sin malezas, se pintan de ceniza las vereditas de nieve.

Dos cabras negras están en el último peñasco. Miran la verdura del valle que dejaron, en su instinto bravío de no ramonear sin afanes.

Inmóviles, seguras de que lograron la cumbre lejana, muerto el deseo que fué conseguido, dejan que los vientos encontrados peinen y despeinen su negrura trepadora.

* * *

Cantera.—A vetas plumizas y blanquizas, profunda de cuatro brazas, está abierta la montaña de herida que no sangra. La dinamita filuda, con mandobles de estruendo, ha ido penetrando el secreto regazo de los cerros, y mira al sol la desgarradura en tonos agrios del roquedal.

Las casas del valle afirman su miseria en piedras de la altura, hasta una braza desde el suelo, y se yerguen

ufanas para otear el río, empuñadas sobre el corazón de la sierra.

En la cuenca vacía, el picapedrero cantea y alisa los trozos desprendidos, mientras echa al viento un aire lugareño de amores olvidados, que acaricia las vetas plumizas y blanquizca de la herida abierta que no sangra.

La cantera se estremece con la palabra que vuela.